

REVISTA

DE

ARTES Y LETRAS

---

TOMO XVI



SANTIAGO DE CHILE  
OFICINA: CALLE DE HUÉRFANOS, NÚM. 37-A  
1889



## EL LIBRO "ASONANTES"

DE NARCISO TONDREAU (1)

---

### I

Á mi llegada á Chile en 1886, uno de mis mayores deseos era conocer á sus famosos hombres de letras. Todos en la América latina sabemos que aquel país posee una producción intelectual poderosa, y escritores y poetas renombrados.

Al pasar por Valparaíso había tenido oportunidad de ser presentado á Eduardo de la Barra; le había visto, blanca la cabeza, los ojos brillantes y dominadores, el cuerpo un tanto pequeño y regordete como el del Bonaparte de Meissonier, la palabra alada y franca, incisiva como una flecha á veces, y á veces sedosa y aterciopelada; le había visto dos ocasiones, una en su casa, frente al parque Municipal, casa modesta para poeta tan aris-

(1) Este estudio, según sabemos, servirá de prólogo al nuevo libro de versos que próximamente publicará el señor Tondreau.

tocrático en gustos, y amigo del refinamiento y las hermosas opulencias; otra en su oficina de rector del Liceo porteño. Había comprendido la fuerza espiritual de aquel hombre. En su salón, donde se veía en primer lugar dos grandes retratos antiguos, de los fundadores de la familia, hablaban silenciosos, con sus labios de bronce, dos bustos soberbios y triunfales sobre sus columnas de ébano, los de Shakespeare y Schiller. Allí de la Barra me habló largo rato de literatura americana y me dió noticia de los poetas chilenos que yo deseaba conocer. Matta estaba de Ministro en Montevideo; Iriarri, enfermo, vecino á la muerte en Santiago; Lillo y Valderrama, dados á la política; Rodríguez Velasco, á los negocios, poeta rico. ¿Y Blest Gana?—pregunté.—"Si quiere usted ver á Guillermo, vaya al Palacio de la Justicia, suba las escaleras de la izquierda, llegue á la oficina de Registro Civil y ahí está un hombre de bigotes canos: ese es." Fuí y le ví. El cantor de las rosas, el de los versos llenos de perfumes primaverales y delicados, el de

¡Pasad, pasad,  
Recuerdos de aquella edad!

era jefe de oficina; trataba allí de nacimientos y defunciones. También tenía un desquite poético: casaba al joven novio y á la niña sonrosada, como quien rima dos octosílabos sonoros.

Recién ocupado en Santiago, en la redacción de *La Época*, tuve el gusto de recibir la visita de Carlos Toribio Robinet, quien, tiempo después, me presentó á Lasterria, el viejo maestro glorioso. El nombre de Robinet debe ser conocido y aplaudido. ¡Persona rara Robinet! Es el amigo de todos los escritores, de todos los artistas

extranjeros que llegan á Chile. Y si éstos llegan necesitando apoyo, lo es más. Hermoso espíritu, caballero de las brillantes almas náufragas! Escritor él mismo, es un excelente *croniqueur*, y hace buenos versos si le viene en deseo. Dígalo si no Manuel del Palacio. Un día ambos se cambiaron dos sonetos como quien lo hace con dos tarjetas.

Cuando Augusto Ferrán, el de los *Cantares*, el amigo de Bécquer, llegó á Santiago á dedicarse al comercio de libros, Robinet fué su más cordial queredor. Así del trágico Rossi, de Jorge Isaacs, de Valdés, de Ricardo Palma, de Arnaldo Márquez, de Hostos, de Cañas, el salvadoreño, y de otros tantos. Carácter admirable y vivo, Robinet, comprende á los artistas, los pensadores y los soñadores. Al propio tiempo es hombre de negocios y representante de una fuerte casa de seguros en Santiago, donde todos le quieren. Le llaman «El chino» como á Gordon, porque nació en efecto en el país de los tibores ventrudos, de los inmóviles dragones formidables y del *mightly, subtil opium*, propicio á los sueños.

Conocí, pues, por Robinet á Lastarria, en su estudio, rodeado de libros, anciano que parecía joven, quejoso del aprecio de su patria y convencido de la gloria de su nombre en toda América; amigo de la juventud, aficionado á hacer versos sin ser poeta, sabio amable, cabeza llena de laureles. ¿Quién no ha leído sus libros en América y aún en España?

Amunátegui era otra gran columna. Una mañana pasando por la Alameda, soberbio lugar de palacios de piedra, estatuas de bronce y árboledas vastas, vi pasar un viejo meditabundo que iba con capa,—allá donde nadie la usa,—un extremo de ella rozaba el suelo, y el hombre

pensativo era saludado, y saludaba á su vez á todo el mundo. Era don Miguel Luis Amunátegui, el amigo de Bello.

Después vi á Valderrama en la redacción de un diario en que yo escribía; alto y grave, siempre de corbata blanca, conversador ameno, con todo, y su seriedad casi fría al parecer. Á don Zorobabel Rodríguez, primer diarista chileno, y á Carlos Walker Martínez, talento admirable, orador fogoso, y á Lillo, les vi en el Congreso. Este último era Ministro. Tenía la cabellera toda plateada por los años.

Y así, llegué á conocer á casi todos los de la generación que dió lustre al nombre chileno en la por desgracia concluida Academia de Bellas Letras.

Faltábame lo que los franceses llaman *les jeunes*, los jóvenes que escriben, aunque entre ellos hay en ese grupo gentes que peinan canas. Ya se sabe que Coppée es el Benjamín de la Academia francesa.

La juventud, en todas partes es atrayente, animosa, vencedora. La juventud santiaguina es así.

Como en todos los grandes centros, sobre todo en la clase alta y rica, entre las aficiones intelectuales y el *sport*, éste se lleva el mayor número. Y es natural: al empezar esta hermosa vida, el deseo de goce crece á cada instante, los sentidos triunfan, el dinero se ambiciona para satisfacer aquéllos, la sangre bulle fragante y sana, el lujo atrae, y entre unos hexámetros de Homero y unos guantes crema ó un sombrero de copa, se prefiere lo último. Así, no es de extrañar que el club de los *mirlitons* tenga más miembros que la sociedad científica ó literaria, y que se vaya al hipódromo con más gusto que al Ateneo. Luego, las exigencias del medio social; la

moda; las distintas amalgamas conformes con las tendencias y modos de ser; los empleados de banco y los struglforliferos de la prensa; *flirtation*, y temperamentos; falta de estímulo; y, por último, el ejemplo de hombres ilustres en la miseria.

## II

Por aquel tiempo, á decir verdad, la vida literaria en Santiago estaba en una especie de estagnación poco consoladora. Santiago en la América latina es la ciudad soberbia. Si Lima es la gracia, Santiago es la fuerza. El pueblo chileno es orgulloso y Santiago es aristocrática. Quiere aparecer vestida de democracia, pero en su guardaropas conserva su traje heráldico y pomposo. Baila la cueca, pero también la pavana y el minué. Tiene condes y marqueses desde el tiempo de la colonia, que aparentan ver con poco aprecio sus pergaminos. Posee un barrio de San Germán diseminado en la calle del Ejército Libertador, en la Alameda, etc. El palacio de la Moneda es sencillo, pero fuerte y viejo. Santiago es rica, su lujo es cegador. Toda dama santiaguina tiene algo de princesa. Santiago juega á la Bolsa, come y bebe bien, monta á la alta escuela, y á veces hace versos en sus horas perdidas. Tiene un teatro de fama en el mundo, el Municipal, y una catedral fea; no obstante, Santiago es religiosa. La alta sociedad es difícil conocerla á fondo; es seria y absolutamente aristocrática. Ha habido viajeros más ó menos yankees ó franceses, que para salir del paso en sus Memorias han inventado respecto á la sociedad chilena que no han conocido, unas cuantas paparruchas y mentiras. Santiago disgustó á

Sarah Bernhardt y encantó á la Ristori. Es cierto que sobre esta última nada tiene que decir María Colombier. Santiago gusta de lo exótico, y en la novedad siente de cerca á París. Su mejor sastre es Pinaud y su Bon Marché la casa Pra. La dama santiaguina es garbosa, blanca y de mirada real. Cuando habla parece que concede una merced. Á pie anda poco. Va á misa vestida de negro envuelta en un manto que hace por el contraste más bello y atrayente el alabastro de los rostros, en que resalta, sangre viva, la rosa roja de los labios. Santiago es fría y esto hace que en el invierno los hombres delicados se cubran de finas pieles. En el verano es un tanto ardiente, lo que produce las alegres y derrochadoras emigraciones á las ciudades balnearias. Santiago sabe de todo y anda al galope. Por esto el santiaguino de los santiaguinos fué Vicuña Mackenna, mago que hizo florecer las rocas del cerro de Santa Lucía. Éste es una eminencia deliciosa llena de verdores, estatuas, mármoles, renovaciones, pórticos, imitaciones de distintos estilos, jarras, grutas, kioscos, teatro, fuentes y rosas. Edimburgo es la única ciudad del mundo que en su centro tenga algo semejante, y por cierto muy inferior. Santiago posee una obra hecha por la naturaleza y por el arte. *Ars et natura*. Santiago hace libros y frases, *nouvelles a la main*. Su prensa es numerosa y sus periodistas son pujantes, firmes en la polémica, peligrosos en las luchas. Hay un diario de modelo yankee, *El Ferrocarril*; los demás son más dados al «mecanismo» francés. El *croniqueur* por excelencia es Rafael Egaña. Las empresas periodísticas son ricas, pero algunas demasiado económicas. Raro es el diario que tenga permanentemente información directa del extranjero. En las redac-

ciones se está, tijera en mano, esperando la correspondencia por correo trasandino, para recortar lo mejor de los diarios del Plata; ó si nó, se hacen traducir los artículos de la prensa europea que llega por el Estrecho. Santiago paga poco á sus escritores y mucho á sus palafreneros. Toma el té como Londres, y la cerveza como Berlín. Es artística, ama las gallardas estatuas y los cuadros valiosos. Cincela con Plaza, con Blanco y pinta con Lira, con Valenzuela, con Jarpa. Para sus hombres grandes tiene bronce y mármol. Santiago ha sido heroica y vibrante en tiempo de conmociones. Es ciudad que nunca será tomada. El roto santiaguino es vivaz, malicioso, ocurrente, aguerrido y cruel. El *gamin* es hermano del suplementero. De noche, Santiago es triste y opaca exteriormente. En sus salones ríe el gas en la seda y chispea la charla. El 18 de septiembre, la ciudad se engalana, llénase el Campo de Marte de soldados, va el Presidente á la revista en coche, tirado por cuatro caballos, precedido de batidores, y en las calles se escucha el ruido de cascos y ruedas, de gente que pasa, y estruendo de fanfarrias y clarines. En un día semejante fué cuando conocí al autor de este libro en la redacción de *La Época*.

### III

En la redacción de *La Época* se reunían muchos de los *jeunes* de la prensa santiaguina. Ahí departíamos de asuntos de letras ó artes, de un último libro, de un triunfo ó de un fracaso, y ahí se escribía, se hablaba en voz alta hasta muy entrada la noche, hasta la hora del té, á riesgo de alterar la paciencia de mi estimado director don Eduardo Mac-Clure. Allá llegaba Pedro Balmace

da, santiaguino que sufría la nostalgia de París, parisien- se que no conocía la gran ciudad, siempre con alguna frase chispeante, sonriente y soñador, neurótico que mantenía cuidadosos á sus médicos, colorista que bordaba revistas y cuentos de todas las flores del estilo; ¡ah, buen amigo! Alberto Blest, hijo del novelista ex-ministro de Chile en París, comparecía también, ya tísico, á contar- nos entre accesos de tos martirizadores, sus recuerdos de vida parisense, cuando los salones de su padre eran punto de reunión de todos aquellos hombres brillantes, Blowitz, Houssaye, Hohenlohe... ¡pobre Alberto! Ya duerme. Luis Orrego era el charlador incansable, mor- diente, con los labios siempre entreabiertos por una son- risa temible. Muchas veces quería hacer un elogio y le resultaba una sátira; buen escritor y *conteur* amante de la frase artística; y exagerado, hasta asegurar que una botina número 37, le calzaría bien al pie de Goliath. Tam- bién concurría Gregorio Ossa, que nos leía sus comedias, y Roberto Alonso, exquisito prosador que tenía á su cargo las traducciones del diario. Algunas veces solía aparecer Julio Bañados Espinosa que entonces era redactor polí- tico del diario, y que hoy es Ministro de Instrucción Pú- blica. Siempre de pie, oía, daba su opinión, verbosamen- te, ostentando su franca risa, y se marchaba.

El novelista Vicente Grez era diputado y nos iba á acompañar de cuando en cuando, en sus ratos libres. Los hermanos Huneeus nunca faltaban, con Carlos Hübner. Rodríguez Mendoza llegaba raras ocasiones. Él había sido redactor del diario y le tenía cariño á la redacción; así cuando se solicitaba de él algún artículo, aparecía es- tirado y friolento, subido el cuello de su ulster, y enton- ces se estaba con nosotros, el querido Manuel, en la

charla loca y crepitante de nuestras horas alegres. ¡Horas inolvidables fueron aquéllas! La sala de redacción era un tanto estrecha; las paredes estaban llenas de retratos, de cartulinas en que se veían las ilustraciones del diario del domingo; en la mesa del centro, diarios y revistas, todo confundido y revuelto; frente á la puerta de entrada, una panoplia, una panoplia célebre para nosotros, y de la cual ya ha hablado en *La Libertad Electoral* Luis Orrego Luco, en uno de los artículos embusteros y llenos de elogios hipócritas, que publicó respecto á quien este prólogo escribe. Y á propósito, ¡cuántas veces en aquel recinto levantaron sus voces en defensa del talento de Tondreau algunos que osaban desafiar el curarse de las saetas de Orrego y las «navajas siempre afiladas» de Alberto Blest!

#### IV

Recién llegado, había recibido un libro nuevo de versos titulado *Penumbbras*. Dos poemitas, composiciones sueltas y traducciones de Horacio. Leí el volumen y publiqué un artículo lleno de elogios que algunos calificaron de exagerados. ¡Bah! Poco me importaba lo que dijese. Había sentido el soplo de una poesía verdadera en aquel libro lleno de estrofas magníficas y también de estrofas malas. Tiempo después, elogios iguales á los míos y aún más lisonjeros, recibió el autor de Valera, Menéndez Pelayo y Núñez de Arce. Yo conocía de Tondreau ya un poema político burlesco titulado los *Balmacedonautas*, escrito en octavas fáciles y al modo clásico. En *Penumbbras* se advertía el convencionalismo de factura, que todavía subsiste en muchos autores de versos de España y Sud América, convencionalismo que viene de

lejos; la imitación de Tasara, del duque de Rivas, del mismo Esproceda, esa fué la primera manera de Tondreau. La crítica nada dijo, ó dijo poco. Ni los amigos políticos del poeta se ocuparon como debían del librito.

Y digo ni los amigos políticos, porque las letras en aquel mar, barcas tranquilas, son arrastradas por el viento político. Así hay dos grupos principales completamente separados, el liberal y el conservador, cada cual con sus diarios, revistas y centros propios, al servicio de sus ideas y propósitos. Al partido católico, el conservador, el mejor organizado, pertenece el Circulo Católico, biblioteca, etc., y diarios como *El Estandarte Católico*, *El Independiente* y *La Unión* y una revista como la de ARTES Y LETRAS; el partido de las ideas modernas tiene el Club del Progreso, el Ateneo, la *Revista del Progreso* y gran parte de la bien mantenida prensa chilena.

La juventud, por tanto, trabaja, á un lado ó al otro; y entre los suyos triunfa, y entre los suyos recibe aplausos si los merece. Hay diferencia hasta en los estilos y tendencias. Los escritores conservadores, con brillantísimas excepciones, son apegados al formalismo clásico, á la manera académica, al período castellano de los tiempos de oro, desenvuelto con elegancia convencional, y con apego á reglas y formas preestablecidas. Muchos de los principales y talentosos é ilustrados jóvenes que escriben en la REVISTA DE ARTES Y LETRAS son dados á estudios de filosofía escolástica, y tienen una academia tomística excelentemente organizada. Los otros no. Á modernas ideas, moderno estilo. Emplean el patrón francés, la brillante vitola parisiense, con galicismo y todo, en fondo y forma. Si los unos se enorgullecen con justicia por tener un prosador y novelista como Pedro N. Cruz, los

otros poseen un colorista admirable, un estilista lozano y aristocrático en Pedro Balmaceda. Á un lado están Echenique Gandarillas, los Barros y muchos más, y á otro Riquelme, Arrieta Cañas, Orrego y demás miembros del Ateneo, entre los cuales el poeta más brillante y poderoso es Tondreau.

## V

Ya éramos viejos conocidos con Tondreau. Cuando publiqué el juicio sobre *Penumbras*, habíale hecho notar su poder en la descripción, su valentía de imágenes, y su peculiaridad de *forestier*. Ahora, después de algún tiempo, me atrevía á indicarle: Amigo mío, ¿por qué no nos da usted un poema original, de términos y extensión que pueda dominar y que sean «suyos» con forma, con espíritu nuevo, un poema que llevara por título *El Bosque*?

El poeta pensó, y no quiso emprender la tarea. No me desalenté. Acababa de leer *La Mer* de Richepin y le remití ese libro admirable. Lo leyó, y desde entonces comenzó la nueva manera de Tondreau, la pasión por la eufonía rítmica, por la palabra sonora, por la cristalización de la idea en el verso, por la onomatopeya elegante. Antes seguía de cerca á los clásicos españoles, creía en la subsistencia de la época antigua; era pagano y tenía las continencias de un místico; rimaba octava reales; creía que el soneto era prisión y grillos de un pensamiento, un cántaro chinesco en el que apretado se deforma un niño para fabricar un enano; gustaba de la lija, y ensayaba todos los metros; seguía más la enseñanza de los preceptistas que la imitación de la naturaleza; no cortaba un alejandrino sino de modo que éste resonase campa-

nudo y con todos los compases de la música zorrillesca. Lloraba penas y cantaba amores bastante ingenuamente. En cambio traducía á Horacio. Y sobre todo, tenía el dón de la armonía. Ciertó es que es músico, como su amigo el escritor Arrieta Cañas.

Tondreau no es un aficionado, un virtuoso simplemente; nó, es un amador convencido y fiel del arte. Casi estoy tentado de afirmar que es tan poeta como músico, con la pluma y con el piano. Los maestros alemanes le atraen, ya sea el gran padre de la sinfonía, ó Schubert adorable é ideal, ó Schumann melodioso, ó Wagner audaz y soberbio; la frase conmovedora y cálida, la fuga arrebatadora, la potencia sinfónica, todo le compenetra y le posee, con profunda pasión artística. De sus autores, Beethoven; de sus pianistas, Golstchalk, quien tan buenos recuerdos dejó en Santiago, donde quiso casarse.

Cuando la célebre Singer, la gallarda *Gioconda*, estuvo allá, en la misma *troupe* en que llegó el barítono Menotti, ambos fueron grandes amigos de Tondreau, quien á la sazón era el crítico teatral de *La Época*. Allá íbase el poeta, al departamento de los artistas, en el Hotel Milán, en compañía de Pedro Balmaceda y otros sus colegas, á agradables reuniones musicales. La Singer leía párrafos de sus memorias, ó cantaba trozos de sus roles favoritos con su bella voz vibrante.

Tondreau vivía en una calle cercana á la Alameda. Muchas veces acontecía que al ir á buscarle, me detuviese en las escaleras, por no interrumpirle en alguna sonata que bajo sus dedos, cantaba lentamente, lentamente el piano. Luego le encontraba en su cuarto, chico y elegante, lleno de papeles y de libros de lujo apanoplados en las paredes, entre una que otra japonería que

unas cuantas pesetas de la mensualidad del diario, habían sacado de la Ville de París.

\*  
\* \*

He dicho que tiene el dón de la armonía, y hé aquí que en este nuevo libro resalta más este precioso dón. Ha abandonado la rima consonante, no porque no pueda manejarla con brío sino porque en sus versos asonantes tiene más holgura su pensamiento, y porque puede dotarlos de mayor elegancia de forma. La silva «El viento», del poema *El Bosque*, verbigracia, no podría ser más musical ni más espléndida, si fuese escrita en versos consonantes; está llena de osadas gallardías, de trepidaciones cristalinas y de orgullosa pompa. El asonante forma uno á modo de oleaje que acaricia musicalmente el oído, y lo escogido del vocablo hace más armónica la versificación; las figuras son todas claras y se advierten perfiles, redondeces, plasticidades y explosiones de flores, todo lleno de sol.

Estos nuevos versos de Tondreau tienen savia y sangre. Dado el temperamento del poeta, era imposible que se inficionara de humor negro. Él es nervioso pero no neurótico, y no le han tentado las estrofas abracadabran-tes de la poesía macabra. Tiene el ruido del viento, los perfumes campestres, las inclinaciones casi sacerdotales y misteriosas de los grandes árboles, la yema que se hincha, el ave en la rama en flor, y las cadencias de las farándolas al són de la cornamusa. Las palmas se yer- guen líricamente, el viento sopla en sus órganos, la tierra, preñada y virgen, sustenta al bosque solemne. Pan rubicundo, anima la naturaleza cantando en la montaña:

*sanguineis ebuli baccis minioque rubentem.* Parece que el poeta hubiese estado en este ardiente trópico poblado de florestas inmensas é inextricables, donde el suelo es como ubre y Flora impera; en la selva salvaje del rey roble, llena de pájaros, de fragancias y de estremecimientos.

Tondreau tiene con la selva el mismo secreto que Richopin con el mar. En prosa hay admirables pintores del mar, que sienten y comprenden el vasto Océano, en toda su grandeza y en todos sus detalles; como Lotti, cuyas páginas están impregnadas de aire marino, ya sueña con la pequeña cara de porcelana de Crisantema, en el Japón, ya vaya á costas de Islandia, y crée su Pescador. Ó como Mezeroy, artista que se deleita con *La Grande Bleu*, el Mediterráneo, azul y hermoso. Pero el poeta de *La Mer* juntó en su poema todas las magnificencias, todas las armonías, toda la sal áspera y la espuma del mar, de modo que cada estrofa es semejante á una ola, y en el poema está aprisionado el ruido tonante y enorme como en un caracol. El poeta ama la inmensidad movable con apego, con pasión. Él mismo ha sido marinero, ha hecho la guardia en la noche, bajo el cielo negro, lleno del florecimiento de oro de sus constelaciones; y ha cantado entre dientes las canciones en jerga del *matutin*.

Lo raro en Tondreau es que no ha tenido la contemplación de la selva y la adivina. Sus padres eran canadenses, de allá, cerca de donde Longfellow colocó á la enamorada Evangelina, tierras de florestas llenas de gigantescos árboles salvajes. Pero él nació en Chile, donde se ve más la blancura de la nieve andina que el verdor tupido de los bosques.

## VI

La originalidad de Tondreau consiste en la novedad de la imagen, en el dominio del adjetivo, en la pasión plástica y eufónica, en la aplicación del colorido y en la libre y franca manifestación de la idea, aristocratizando todos los vocablos.

Luego aplica al verso castellano ciertos refinamientos del verso francés. Hay en este idioma exquisiteces y secretos artísticos que introducidos por él al español, lengua armónica y rítmica por excelencia, forman una novedad bella, un conjunto de incrustaciones, de giros, de arabescos preciosos. Aquí lo exótico no salta á la vista; ambas lenguas tienen un mismo origen y florecen en un solo tronco y por las mismas raíces. Sin ser decadente en algunas de sus creaciones, sin llegar á las orquestaciones poéticas de los neo-románticos, se acerca algo á esa nueva y brillante escuela que un escritor de París ha llamado propiamente la escuela del cerebralismo. Busca la idea rara, la comparación bizarra, y escoge las joyas de la lengua, las más rítmicas frases que se vocalizan en el recinto adorable de las musas, y así hace de sus estrofas cuadros, bajo-relieves, y sobre todo pone el sagrado temblor de su armonía.

En cuanto á sus metros, son los hermosos metros castellanos, mil veces superiores á los franceses.

En castellano se ha procurado introducir por algunos poetas la medida de los hexámetros griegos y latinos. Actualmente en Italia, Giosué Carducci intenta poner en boga la asonancia del romance español, y el profeta yankee Walt Whitman calca en inglés el versículo hebreo.

Nosotros no necesitamos de todo eso. ¡Ah, nuestros metros castellanos! El endecasílabo es digno de la lira griega. Tenemos el verso de Safo y el verso de Anacreonte; y versos apropiados para el arpa religiosa y el címbalo, ó para los sistros que acompañaban las danzas. Lo que sí necesitamos es la influencia del arte, siempre embellecedora, del arte en la expresión del pensamiento, arte que, como aseguraba Lastarria, haciéndome la honra de refutar una opinión mía, poseen los franceses mucho, escasamente y hasta hace poco tiempo los españoles, y nada los chilenos. Los hispano americanos debió decir mejor el ilustre maestro.

Ese arte, pues, no será la implantación de un exotismo dañoso ni peregrino.

Lo extrañamente exótico lo tienen los franceses, y lo procuran. Desde la introducción del primer álbum japonés de los hermanos Goncourt, el japonismo comenzó en Francia, con el reinado de las lacas y de las quimeras de bronce; de los muebles, del adorno del salón se pasó á la literatura, donde todavía subsiste. Edmundo de Goncourt, Lotti, Judith Gautier, son de los que dan el tono; á Judith, esposa de Catulo Méndez, le viene su afición á lo extraño de raza. Teófilo Gautier, su padre, orientalizó también las letras. Judith sabe chino, y escribe versos en esa lengua; y algo semejante hacía Luis Bouhillet, el autor de los *Astragalos*, quien quiso introducir al verso francés el ritmo chinesco. ¡Y bien! En lo que debíamos ante todo imitar los occidentales, á los buenos hijos del Celeste Imperio, es en que honran y estiman á sus poetas como ningún pueblo del mundo.

Hace poco tiempo lo ruso preponderaba. Tolstoï, Gogol, Tourgueneff, el raro y pálido Dostoiewsky, fueron

traducidos á casi todas las lenguas; escritores franceses publicaron novelas rusas; el idioma se estudió más, y su terminología se puso de moda; se bebía el rojo vino de París, con caviar del Volga.

Así, pues, los escritores en lengua española, que como Tondreau tengan culto por el idioma propio, no cometen pecado alguno en seguir ese bello arte francés, para hacer más rica, más vibrante, más colorida la expresión del pensamiento. Yo, por mi parte, me huelgo del "galicismo mental" que encontró don Juan Valera en uno de mis pobres libros. "No hay en castellano, dice el ilustre académico, autor más francés que V. Esto lo digo para afirmar un hecho. Y, en todo caso, lo digo como un elogio." Busquemos, pues, ese procedimiento exquisito de los artistas de la palabra escrita, y que cada escritor muestre el pequeño mundo interior que lleva en su alma, con manera artística.

Esto ha hecho el poeta de los *Asonantes*, y por eso sus *Asonantes* tienen un algo especial que no se encuentra en los otros poetas hispano-americanos. Los argentinos, cuya mayor gloria es Andrade, titánico seguidor de Víctor Hugo, ó copian los modelos españoles, ó, como Rafael Obligado y Guido Spano, buscan temas nacionales y usando provincialismos pretenden formar la tan deseada poesía indígena americana. Los colombianos son hijos legítimos de los poetas de España, intachables, marmóreos, clásicos, en el sentido académico de la palabra; lo propio los venezolanos y los pocos que el Perú tiene; Méjico cuenta con algunos altísimos poetas, cuyos versos poseen sello propio y nuevo, y Centro-América tiene á Gavidia.

## VII

Yo estoy seguro que una poesía de Tondreau leída una sola vez basta para dar á conocer en otras la originalidad de la expresión y la novedad de la intención.

Los *Asonantes* serán criticados al aparecer en Chile, por los bellistas, por los que gustan de Rodríguez Velasco y de Lillo y por los formalistas *à outrance*. Los primeros defenderán el precepto, el canon, la tradición literaria; los segundos echarán de menos la jardinería, la consonancia y la confitura; los últimos protestarán por las frases y borneos atrevidos, por las innovaciones á que se lanza nuestro autor.

Pero Tondreau debe persistir confiado en su talento. Su poesía es sana y respira la vida de la naturaleza; él no se ha dejado llevar por los seguidores de esta ó aquella escuela, ni por los que Espronceda atrajo á su alcázar byroniano, ni por los que han pretendido seguir la poesía sideral y oceánica del dios Hugo, ni por los trémulos neuróticos que, siniestros coribantes, danzan trastornadamente en la procesión del arte moderno; ni por los decadentes ansiosos de frentes nimbadas y de leche de marta cibelina; ni por los heineanos que juntan las rosas y los cactus; ni por los pálidos gemidores de desengaños, y ateos maldicientes cuyos versos repugnan y cuyo hígado es todo hiel. Nó, él no pertenece á ninguno de esos grupos. Ni materialista, ni swendemborguiano de la literatura. Él no sufre de spleen ni de espíritu pitónico, sino que siente el vasto soplo cósmico. No le atormenta el sombrío Livor; pero le subyuga el gran Pan.

Por lo que toca á sus opiniones religiosas, Tondreau fué educado religiosamente y llegó á vestir sotana. Después hubo una evolución en su espíritu, abandonó el hábito y perdió la fe primera. Lo único que le quedó de aquellos tiempos fué el latín; dejó el breviario por Horacio Flacco, y los ideales místicos se tornaron sueños ardientes y creaciones plásticas en aquella mente pagana. Cree en Dios, Dios en todo, Dios por todo, Dios para todo. Su amor por la naturaleza es intensísimo y en ella encuentra la fuerza infinita de la divinidad. Es místicamente panteísta. Adora lo existente de manera universal y en detalle. Así como Beaudelaire tenía la particularidad de los perfumes, Tondreau tiene la de los sonidos. El viento para él tiene mil rumores desconocidos para otros, vagas armonías, palabras articuladas en una lengua misteriosa, ya vuela en la lujuriente floresta, ya agite las banderas ó se cuele en las ciudades por los alambres tupidos de las líneas telefónicas: «la lira de Edison», como él dice.

Sí, poeta, el viento es admirable y formidable, huracán, brisa, azul del celeste abismo, queja del rosal, triunfo de las palmeras verdes, perpetuo amante de las olas y las velas, carro de la melodía, suspiro, tempestad.

*Ars religio mea*, esa es la profesión de fe artística y una de las más bellas silvas asonantadas de este libro; el arte es su religión, el azur. Sigue la fórmula célebre del arte por el arte, el culto absoluto de lo bello, independiente de lo útil y de lo moral, del *το ετος* griego. Ama el desnudo, el clásico desnudo, y á las veces dejándose llevar por sus arrebatos líricos, olvida la olímpica serenidad de la contemplación estética, y sus mármoles se vuelven carne, coloreándose por súbita y exuberante

policromía. No lo digo por censurar al poeta, pero me parece que á la Venus de Milo prefiere la de Médicis; que en sus descripciones de ninfas más parecen éstas mujeres; y tienen roja sangre, y sus caderas y sus senos á flor de agua tiemblan con arrastradora sensualidad. Pero en medio de todo, el helenismo es de aplaudirse; su inspiración lozana y moderna hace loables incursiones al antiguo reinado de la belleza, y bebe del agua clara que mana la divina fuente jónica.

Este libro es una obra de arte, escrito con amor á la eterna belleza, con verdadera emoción estética y en el ardor de una vigorosa juventud. Tondreau ¿seguirá adelante? Es indudable, pues tiene el rayo de la inspiración y siente al «dios». Él conoce la senda que ha escogido y camina con paso de vencedor. Nada importan los obstáculos, los breñales, la lucha por la vida, los tábanos de la envidia, la indiferencia de burgueses obtusos y chatos, el cretinismo, el hielo de muchos y aun el desprecio y el odio de algunos. ¡Excelsior! Siempre con la bandera adelante, hasta llegar á la cumbre del áspero monte. Que después de la larga jornada vendrá la hora de la victoria. Dura es la gleba, pero también el arado es firme, y place al trabajador tras los quebrantos ver al sol y bajo el hondo cielo la alegría rubia de las espigas.

## VIII

La última vez que vi al autor de este libro fué en Valparaíso, próximo á abandonar las playas chilenas y cuando él había llegado al puerto por una desgracia. Nos encontramos en el estudio de otro amable y generoso compañero de letras y amigo del alma, Eduardo Poirier.

—¡Tú aquí!

—Sí, mi madre ha muerto; estoy muy triste. Ven al hotel.

Fuimos.

Estaba con el corazón dolorido por el terrible golpe.

—Mira, me dijo, he distraído mi dolor escribiendo esto.

Y me leyó un artículo, una conversación que había tenido aquella mañana con nuestro conocido el trágico italiano Emanuel que á la sazón trabajaba con su compañía espléndida en el teatro Victoria. Es un hecho reconocido que todo poeta escribe buena prosa, y aquel artículo es de lo mejor que de Tondreau prosista, he leído. Emanuel le manifestó sus ideas sobre el arte de la escena en general y sobre las obras de Shakespeare, en particular. Hamlet inimitable, Otello grandioso, estimó al poeta chileno comprendiendo lo que valía.

Voy á concluir estas páginas, en las cuales he dicho francamente lo que pienso respecto al libro á que servirán de prólogo, y del autor de él. Quien lea una sola de las estrofas que en esta obra se contienen, verá que mi entusiasmo es legítimo y que la amistad no ha cegado á la justicia.

Réstame sólo enviarte, oh poeta, mi recuerdo á través de la distancia, desde este ardiente trópico que acelera el ritmo de nuestra sangre y enciende corazones y cerebros; y por tu medio, á Chile, segunda patria mía, mis deseos de que cada vez se engrandezca más y más, gloriosa y triunfante para orgullo de nuestra América, y así pueda brillar la estrella de su bandera, siempre anunciando el nacimiento de una eterna aurora, la creciente apoteosis de un sagrado é incomparable porvenir.

RUBÉN DARÍO

